

te, no se ha de hacer caso alguno de mi teoría en las altas regiones donde se elabora la felicidad de los nietos del Cid. Pobre pintor de costumbres, aténgome á mi oficio: copiarlas como Dios me da á entender y hasta grabarlas en mi corazón.

Por eso, mientras expongo este bosquejo á la consideración de los hombres *que pueden*, dado que se dignasen echar sobre él una mirada, puesta mi esperanza en Dios, que es la mayor esperanza de los desgraciados, me limito á exclamar, desde el fondo de mi corazón, con mi tierno amigo Bustillo:

«¡Ay, SEÑOR!

Pues la ley en su rigor
los afectos no concilia,
haz que los hombres se hermanen,
porque al luchar no profanen
el amor de la familia.»



LA PRIMAVERA.

DEJA, Fabio, esa lira
que tanto te recrea,
ó aprende lo que ignoras
y canta lo que aprendas.

Basta de idilios tiernos,
basta de dulces églogas;
no más pastores, Fabio;
Fabio, no más praderas.
Yo quise entre los rústicos
paisajes de mi tierra
buscar de tus cantares
la realidad perfecta;
y ¡ay, Fabio! tú no has visto
jamás la primavera.
Tú no has pisado el «campo
de terciopelo y seda;»
ni respiraste el «fresco
cefirillo que juega
de los sombríos bosques
con la enramada espesa;»
ni la cascada viste

que «rauda se despeña
 en el profundo abismo
 desde la altura inmensa;»
 ni «matizadas flores»
 cogiste entre la yerba;
 ni oistes el «murmullo
 del que manso la riega,
 arroyo cristalino
 do beben las Napeas
 y encuentran las pastoras
 cristal que les refleja
 de sus cabellos de oro
 las ondulantes hebras;»
 ni el trino has escuchado
 de «mil y mil parleras,
 pintadas avecillas,
 de las de arpada lengua,
 entre el follaje verde
 de misteriosa selva;»
 ni vistes el cabrito
 «triscar la mata fresca,
 trepar de roca en roca
 la tímida gacela,
 ni sobre el fácil soto
 rumiar la mansa oveja,»
 ni, en fin, esos primores
 que describir intentas
 en las limadas coplas
 que, tierno, canturreas.

Tu *campo* es un tapete,
 tus *bosques* son macetas,
 tus *flores*, inodoras,
 tus *cefirillos*, hielan;
 de trapo son tus *ninfas*,
 tus *pastores*, horteras,
 gorriones tus *jilgueros*;
 y tu *cascada horrenda*,
 del carcomido techo
 que á tu numen alberga,
 por más que la levantes
 es húmeda gotera.

Desde la ardiente zona
 do te arrojó la adversa
 fortuna cuando viste
 del sol la luz primera,
 no abarca una mirada,
 por alta que se meza
 en el azul espacio
 tu miserable celda,
 las primorosas galas
 que dió Naturaleza
 á la, por tí, tan célebre
 hermosa primavera.
 Aquí, en estos confines
 de la gloriosa Iberia;
 desde el límite vasco
 á la ríscosa Liébana;
 entre el Escudo gélido

y la feraz ribera
do rompen del salobre
cántabro mar, sin tregua,
con hórrido bramido
las olas turbulentas,
está lo que tú, cándido,
adivinar sospechas.

Deja, Fabio, la corte
fascinadora, déjala,
y corre presuroso
hasta mi noble tierra;
y aquí, entre su follaje,
junto á su gala espléndida,
desde que Abril acaba
hasta que Octubre empieza,
verás... lo que no cabe
en pálidas endechas.
Mas no de la dulzaina
melíflua te proveas,
ni de ligeras cintas
de coruscante seda,
ni de pellico tenue
cortado á la francesa,
ni de leve sandalia
y primorosa media,
cual van en tus cantares
los hijos de las selvas.
Antes, Fabio, procúrate
zapatos de dos suelas,

calzón de paño recio,
garrote y podadera;
que en el ameno prado
que la vista recrea,
hay charcos escondidos
y espinas... y culebras;
y el cristalino arroyo
que manso serpentea,
es un regato, á veces,
que no pueden las piernas
saltar, sin el auxilio
de la tranca pasiega;
y en el frondoso bosque
hay zarzas y maleza
que el paso te interrumpen,
y has de cortar, so pena
de que en sus garras dejes
calzones y pelleja;
y, en fin, que el agua moja
hasta en la primavera;
y como en Mayo llueve,
y llueve con frecuencia,
si tienes un paraguas
te ha de venir de perlas.

Verás entonces prados,
y cabañas cubiertas
por olmos y laureles
y mirto y madre-selva;
verás espesos montes,

caminos y veredas
 bajo toldos de verde,
 fragante, inculta yerba;
 verás montañas, cerros
 y dilatadas sierras;
 robustos, viejos troncos
 y ramas que se quiebran
 al peso del follaje;
 mantos de rica hiedra
 cubriendo de las ruinas
 la desnudez escueta;
 hondos, negros abismos
 do pavoroso suena
 el *murmurante* arroyo
 que fué por la pradera;
 verás valles *visueños*
 y ríos y florestas,
 y el humo que, tranquilo,
 en espiral se eleva,
 y cabras y terneros
 y alondras... y *miruellas*;
 respirarás las brisas
 balsámicas que juegan
 con las fragantes rosas
 que esmaltan las praderas;
 verás los rayos de oro
 del sol, cuando amanezca,
 y perlas de rocío,
 y hasta nubes de perlas;

verás, en fin, primores;
 pero de tal grandeza,
 que no podrás cantarlos,
 ni los soñó siquiera
 en sus inspiraciones
 «la rica, gaya ciencia.»

Mas del deliquio dulce
 en que el cuadro te aduerma,
 cuida no te despierte
 con su prosa grosera
 la humanidad inculta
 que la campiña puebla.
 Aquí anda *Nemoroso*
 detrás de su carreta,
 sin rizos, con la barba
 mal afeitada y recia,
 con los calzones rotos,
 luchando con la tierra
 que, á costa de sudores,
 al cabo le sustenta.
 Verás que la *zagala*
gentil que te embelesa,
 es una mocetona
 de alborotada greña,
de libras y boyante,
 que tosca faldamenta,
 sin cintas ni guirnaldas,
 con lodo y almadreñas;
 verás que si, ofuscado,

audaz la galanteas,
no la colora el rostro,
como tus trovas cuentan,
las tintas sonrosadas
de púdica vergüenza;
sino que, ardiendo en ira,
como fornido atleta,
á bofetada limpia
te salta un par de muelas.

Así son los modelos
(al menos en mi tierra),
de las ninfas... y *ninfos*
que vagan por las selvas:
así al Autor Supremo
le plugo que nacieran,
y así serán y han sido...
y no hay que darle vueltas.

¡Qué fuera de nosotros,
gran Dios, de otra manera!
¡si en vez de tales tipos
que el alma desalientan,
cruzaran por los prados
sensibles Doroteas!...

Porque no son las rústicas
pasiones de la aldea
las que la sangre inflaman,
holgando en las praderas:
el ámbar, el almizcle...
y el Tamorlán de Persia

con todos sus *divanes*,
sus *opios* y sus *siestas*,
se agitan en la mente...
y no hay que darle vueltas.

No creas, pobre Fabio,
que en solitaria selva
un Títiro sensible
con una Galatea
se pasa la mañana
tendido á pierna suelta,
tocando el caramillo,
sin reparar siquiera
que tiene la zagala
muchísima canela...
Ó Galatea es tonta,
ó Títiro es un bestia...
ó son de otra sustancia
distinta de la nuestra.

Tú, que el hervor aún sientes
de la vida en tus venas,
si vas por el Retiro
y bajo su arboleda
hallas una *pastora*,
como las rosas fresca,
tejiéndose guirnaldas,
en muelle negligencia;
si ves su pie pequeño
que se adivina apenas
en un zapato breve

de *satinada* tela:
 si por crecer la brisa
 agítase la seda
 y los revueltos pliegues...
 (pero detente, péñola);
 si sus lánguidos ojos,
 llenos de amor, te asedian;
 si su garganta late,
 si su jubón... etcétera...
 ¿adónde irá á parar,
 iluso, tu *prudencia*?
 Pues bien, si en el Retiro,
 do, sobre ardiente arena,
 de mísero ramaje
 raquíticos se elevan
 árboles de artificio,
 sin sombra ni belleza;
 si entre la prosa, digo,
 de esa enfermiza selva
 las gracias de una ninfa
 trastornan y marean,
 ¿qué harán entre estos bosques
 cuando su gala ostenta
 en voluptuoso alarde
 la alegre primavera?
 ¡Oh, pobres trovadores
 de tirso y pandereta!
 del cortesano mundo
 entre la turba espesa,

cantad al sol de Agosto
 que sin piedad os tuesta;
 llorad, míseros vates,
 fatídicas cornejas,
 sobre las tristes sábanas
 de calcinada arena
 donde la hispana corte
 su pedestal asienta;
 cantad al mar bullente
 que surcan en calesa,
 tras chulos argonautas,
 impúdicas sirenas;
 cantad al hambre, al frío,
 al lujo, á la opulencia,
 al vicio y á la intriga...
 al crup y á las viruelas,
 que, pues vivís entre ello,
 lo conocéis por fuerza;
 mas del risueño Mayo,
 con tosca, ruda péñola,
 no mancilléis los dones
 que, como gala, ostenta
 sobre florido trono
 la dulce primavera.
 Tú que la adoras, Fabio,
 si quieres conocerla
 deja al punto la corte
 fascinadora, déjala,
 y corre presuroso

hasta mi noble tierra;
 y aquí, entre sus montañas
 y encantadoras selvas,
 renegarás del torpe
 numen que, sin conciencia,
 te hizo mentir soñando
 mezquinas primaveras;
 y acaso, *convertido*,
 al ver tanta belleza,
 arranques de tu lira
 las insonoras cuerdas,
 juzgando, cual yo juzgo,
 que si á sentir se llega
 de tan hermoso cuadro
 la sencilla grandeza,
 para cantarla es poco
 «la rica gaya ciencia.»



SUUM CUIQUE.

I.

DON Silvestre Seturas tenía cuarenta años de edad, *plus minusve*, y era todo lo alto, robusto, curtido y cerrado de barba que puede ser un mayorazgo montañés que no ha salido nunca de su aldea natal más allá de un radio de tres leguas, cabalgando en el clásico cuartago, al consabido trote *cochiner*o, como dicen por acá, ó al *paso de la madre*, expresándonos según los cultos castellanos... de Becerril de Campos.

El mayorazgo de don Silvestre se componía de la casa solariega con *portalada* y escudo; de una hacienda, cerrada *sobre sí*, de setenta y cinco carros de tierra, mitad labrantío, mitad prado con algunos frutales, al saliente de la casa; de diez cabezas de ganado al pesebre, y de algunos prados y heredades, sitios en diferentes llosas del lugar, y cuarenta ó cincuenta